

# CRITICA DE LIBROS

## DESPERTAR DE UNA CONCIENCIA

• LUIS PEDRO BONAVIDA: LAS BARRAS DEL DÍA. Montevideo, A:ca. 1969, 99 pp.

**H**ACER historia es, también, revivir momentos y situaciones en su emoción particular. Reconstruir el pasado será siempre empresa en que la razón debe ir de la mano con el sentimiento, a fin de intuir secuencias y estructuras en donde, al fin de cuentas, lo que más importa es lo que se vivió de veras. No hay generalidad de buena ley si no se asume ese contenido inevitablemente individual; una y otro se necesitan para justificar se mutuamente. Pero no son muy abundantes los testimonios que nos permitan acercarnos a la sustancia viva de una época. Cuando quien nos habla es uno de sus actores, los recuerdos suelen desorbitarse y supeditarse demasiado a su utilidad actual, para convertirse en cómodos justificativos de lo que el relator quiere o hace en el presente. Por eso no son comunes libros como éste, en donde el autor procede con toda la medida que el caso exige. Es visible, en efecto, su cuidado por comunicar lo que vivió, tal cual lo vivió, sin dejarse tentar por reconstrucciones más completas, para lo que hubiera debido echar mano a conocimientos adquiridos. Cumple así la difícil hazaña de revivir el pasado con la exacta dosis de emoción con que lo viviera, dejando los hechos trunco, haciendo incluso que esos cabos sueltos jueguen el mismo papel, como factor de expectativa, o de temor, o de incertidumbre, que jugaron en las

circunstancias que relata.

En pocas y sobrias páginas logra así transmitirnos esa situación intransferible, hecha de realidades entrevistas y de sentimientos y emociones que le permiten recuperar, intacto en lo esencial, el aire de la época. Atina el autor además a no invadir la escena, sin que por eso deje de revelar sin embargo su propia índole, implícita en el modo singularmente cauto y ponderado con que enfrenta los sucesos. De ese modo, casi hasta nos parece verlo a través de las expresiones y reacciones de los otros. Aunque el ambiente de San José no aparece evocado sino muy ocasionalmente, podemos percibir con nitidez inconfundible personalidades como la de Pacó Espinola y Gil Saiguero, el ambiente liceal, la casa paterna, los sucesos políticos nacionales y algunos otros personajes, todo revelado con indudable autenticidad, debiéndose solamente lamentar la brevedad de algunas de esas rememoraciones.

Pero donde el libro alcanza su mayor relieve, haciendo más lento el ritmo del relato y exhumando los recuerdos con singular poder evocativo, es en las páginas que dedica a Roxlo, al Viejo Pancho y a Javier de Viana. Sin forzar el tono, dejando simplemente que el recuerdo recupere el grado justo de la emoción original, el autor logra hacernos participar lo experimentado ante los tres personajes, revelados en lo que sentimos inequívocamente como su actitud esencial. Se da el caso que los tres padecieron, de modos diversos, frustraciones que los afectaron hasta llegar a desplazarlos, en los casos de Roxlo y Viana, de la atención general, y en el de Trelles desbaratando post mortem un prestigio que, en su momento, pudo parecer inderogable. De ahí que esa triple evocación esté teñida de melancolía, y que las relaciones que mantuvieran con el autor tengan un tono como de despedida, preanuncio de un fin que en Viana fue dramático, y en Roxlo llegó a ser trágico. El acercamiento del autor a los tres personajes se produjo como un ava-

tar de sus aspiraciones políticas juveniles, mezcla de desilusión y de esperanzas sin rumbo. Si se vinculó a esos tres literatos, al propiciar sus candidaturas, no fue pues precisamente por un apego de índole estrictamente literaria. Pero fue lo literario, como actitud vital, lo que suscitó una adhesión en donde el sentimiento tenía sus razones ocultas. Presentía, en los tres, valores humanos indemnes, ese desligamiento de todo compromiso inferior que garantizaba, junto con el ejemplo que daban en el ejercicio de su arte, un comportamiento renovador. Las tres figuras aparecen vistas así con una emoción que el lector no puede dejar de compartir. Sobre todo pensando que, en cuanto políticos, ninguno de los tres podía llegar a ser lo que de ellos hubiera querido esperarse.

En ese sentido, el libro señala un momento muy significativo de nuestra peripecia nacional. Empezaba a formularse un descontento que no tenía todavía motivos muy visibles, pero que no podía dejar de insinuarse en las sensibilidades más alertas. El autor no pretende explicitarlo. Se limita a contar sus recuerdos. Sabe, sin duda, que no son los únicos que evoca. El estado que promovió su experiencia perdura todavía. Ha evolucionado con las circunstancias; pero desde su discreta lejanía, contribuye, y no poco, a iluminar lo que tenía que pasar después, según podía entonces presentirse.

WASHINGTON LOCKHART

## ADVIENE UN NOVELISTA

• OMAR MOREIRA: FUEGO REBELDE. Montevideo, Banda Oriental, 1969, 241 pp.

Omar Moreira (1932) ganó lectores en la década del 50 con dos cuentos publicados en esta misma página: *Gorjones de la sierra* (1956) y *Viejo compañero* (1957). Eran dos relatos de estilo inmaduro pero de cálida inspiración, ambientados en el interior del país, con cuyas costumbres y habitantes este narrador se sentía y se siente constanciado. En diez años largos, Omar Moreira ha disciplinado su escritura —que ahora es casi siempre tersa y funcional— y ha acendrado esa veta personalísima que lo afina en campos y pueblos que parecen tener su epicentro en la localidad de Batlle y Ordóñez, el viejo Nico Pérez de su presente libro. Ha ganado también, sin esfuerzo (aunque con los reparos que se indicarán), la dimensión de la novela.

Fuego rebelde narra el último episodio de nuestras guerras civiles (por lo menos en el sentido convencional de la palabra guerra). Los acontecimientos de 1904 están situados por Moreira dentro de un cuadro amplio y ambicioso. El eje narrativo que permite articular una materia tan vasta y erizada de dificultades es la figura de Rodolfo, un muchacho de Colonia, colono él mismo e hijo de aquellos colonos que dejaron Europa a mediados del siglo XIX "creyéndola vieja, gastada, pensando comenzar nuevamente en un país recién nacido. En ellos «América» era casi un grito que quería decir: «no más hambre, no más dolor, no más pobreza, no más guerras». Pero el hijo de esos inmigrantes demostrará (y aprenderá) a lo largo de la novela, que ser uruguayo y americano no implicó rehuir definitivamente aquellas realidades. Rodolfo, oriental por oriundez, y colorado por pasión partidaria, testimoniará que el Uruguay de 1904 es una nación semi-bárbara, asolada por la guerra, la pobreza y el dolor. El tierno Rodolfo de las primeras páginas y el duro mocetón de las últimas no parecen la misma persona. Media entre ellos el aludido aprendizaje. Feltz aprendizaje de